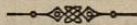


tal vez por el abandono en que se ven, les hace ser injustos con su enfermera y aun devolver muchas veces el bien que reciben en dicterios, insultos y amenazas á su bienhechora: ella, sin embargo, no abdica un momento del fin que su mision la señala, y á esas injurias contesta con palabras de cariño, ó con sonrisas de misericordia.

El rencor no existe para ella, la ira no puede brotar en su pecho ni aun bajo la forma de la indignacion, porque el rencor y la ira son pasiones humanas, y su mision está muy alta sobre la humanidad.

Estas manifestaciones del amor en la mujer, son la escala que más la acerca al amor divino, porque no hay en su corazon ni un átomo de egoismo, ni otro deseo de recompensa que la satisfaccion de obrar bien. Por eso no hemos vacilado en decir al final de nuestro capítulo anterior: «Descubramos nuestra cabeza ante la personificacion de la Caridad.»

Mientras el mundo exista, existirán seres desgraciados; y mientras haya que enjugar una lágrima, la caridad, encarnada en la mujer, hará bendecir al hombre el tipo que hemos intentado examinar.



CAPÍTULO XVII.

La esposa en el hogar.

Conmuévense las naves del templo á las acordes melodías del órgano: una nube de incienso en vuela en sus delicadas gasas la oracion de los fieles, y al pié del altar, profundamente adornado de flores y luces, el sacerdote estiende sus manos sobre la cabeza de una mujer y del esposo que ha elegido su corazon. Ella con su blanco traje de desposada, ostentando en su frente la virginal corona de azahar, y reflejando en su semblante el candor y la inocencia de su alma; él sosteniendo su mano y abriendo el pensamiento á los dilatados horizontes de la vida conyugal, deja asomar á sus ojos un destello de la felicidad que agita su corazon.

Dios acaba de sancionar por medio de su sacerdote la union de sus cuerpos, como desde el primer instante bendijo la union de sus almas; han aceptado el sagrado vínculo que los liga en la tierra, é inseparables siempre, solo un alma animará sus cuerpos. Se han visto cumplidos los ensueños de la niña, y vedla desde este momento trasformada en mujer. Como en el primer éxtasis de su amor, no la preguntéis qué siente, porque no sabrá qué contes-

taros: es feliz, y vaga inquietud matiza su rostro, porque desconoce el porvenir. Ya ha entrado en la verdadera fase de su vida, y desde aquel instante en que contrae nuevas obligaciones, empieza la parte difícil del cumplimiento de su deber en la tierra. El hogar espera á la esposa, y al encontrarse en él á solas con su esposo, radiante de alegría, estremecida de felicidad, sueña con hacer de su casa un nido de amor y un Edén anticipado para su esposo.

Allí le espera de vuelta del trabajo, allí soñarán las dulzuras de la vida, allí y durante su ausencia, dedicará la esposa todos sus pensamientos al hombre que la ama, y contará el tiempo que los separa por los latidos de su corazón. Su amor está legalizado por la religión, y desde aquel momento puede entregarse á él sin reserva, y ostentarle triunfante por doquier.

El invierno avanza, y con el frío crecen las necesidades del esposo, como amengua la utilidad de su trabajo: allí está la mujer para hacer frente á la contrariedad, para luchar con ella y decir al hombre: «nada temas conmigo, que yo lucharé por los dos.» Acaso no son suficientes los rendimientos del capital á sufragar los gastos de la casa; allí está la mujer con su economía, allí está la esposa con su prevision; y tal vez cuando el hombre cree no tener aun lo necesario, gracias á ella se encuentra hasta comodidades que no podía sospechar. Atenta siempre á su cuidado, por fortuna aun le reserva una pobre pero curiosa cama, y aunque su alimento sea modesto, pone todo su conato en que por su limpieza y buen condimento sea para él preferible á los

suculentos manjares que vé fuera del hogar. Ella, dispuesta siempre á ser un auxiliar del esposo, no solo estudia la manera de aplicar el capital del trabajo, sino que trabaja á su vez, á fin de proporcionarse nuevos ingresos. Llevando por norma su amor, todo lo refiere al hombre que dió su mano, nada la satisface sin él, de él se aconseja en las cuestiones administrativas de la casa, á él recurre en sus dudas, y con él comparte sus alegrías, pero ocultándole sus penas.

Generosa por temperamento, por costumbre y por amor, ántes prefiere padecer todos los dolores del mundo, que hacer sentir la menor tristeza á su esposo, y solo le dá participacion en sus penas, cuando la es imposible conjurar el mal ó cuando la naturaleza del disgusto requiere la intervencion de su aliado.

El hombre que esto vé, el esposo que halla en su hogar un ángel de bondad y de dulzura, no teme, no escasea el trabajo, y como los goces legítimos de su union son más puros, más delicados que los que la sociedad puede proporcionarle, en vez de solazarse en sitios donde su moral pelagra, entretiene sus horas de descanso en permanecer al lado de su esposa. Juntos los dos, unificadas sus almas por el cariño, se cuentan sus mútuas impresiones, proyectan las más atrevidas empresas, cada cual se propone hacer titánicos esfuerzos por el bien de la casa; y si el esposo presenta á la esposa como argumento contra un excesivo trabajo la debilidad de su sexo, contéstale la última con la más cariñosa de las sonrisas: «pero ¿y si Dios nos dá un hijo?» Otras veces

la insuficiencia del trabajo, la carencia del capital, agobian al esposo y este desmaya por un momento: allí está la mujer, allí está la hormiga de su casa para decirle: «¿Por qué sufres? ¿Acaso yo no soy tu ayuda en vez de tu carga? La escasez contigo, me es más agradable que la abundancia léjos de tí: trabajaremos juntos para vencer esta situación, y si nuestros comunes esfuerzos no bastan, si no podemos hacer frente á la miseria que nos amenaza, no desconfíes del Dios que sustenta á los insectos.» Así, uniendo el amor á la religion, amalgamando sus caricias con la moralidad de sus consejos, reanima la mujer el espíritu del hombre, que vuelve al trabajo alumbrado con la luz de la esperanza.

Haciéndole sentir mil placeres tranquilos en el seno de su hogar, le inclina á separarse de esos focos de infeccion que por desgracia, y como un mal necesario, abundan en la sociedad. Próvida como nadie, su afan, su ambicion se reduce exclusivamente á rodear á su esposo de cuantas comodidades sean compatibles con su posicion y con sus medios de subsistencia. Limpia y arregla su ropa de tal manera, con tal cuidado, que es á veces una obra prodigiosa de paciencia y de ingenio; dedica sus ratos de soledad á proporcionarse un objeto cualquiera, un producto del trabajo de sus manos, para ofrecerle despues á su compañero como recuerdo de su natalicio ó de la fecha de su union, y goza de antemano con la sorpresa que le prepara.

Llega un dia en que el hombre que sigue diligente el complicado sistema de economías de la esposa, vé desplegar á esta nueva actividad, más

exquisito celo en hacer pequeños ahorros sobre los que de ordinario ejecuta. Como que nada altera en las comodidades con que le rodea, como que las atenciones domésticas están á cubierto, y no solo puede atender á sus necesidades, sino que puede hacer un pequeño fondo, la conducta misteriosa de la mujer es para él un arcano incomprendible. La respuesta á esa pregunta se la dá el rubor de su amante compañera: no economiza para sí, no acumula céntimo á céntimo su capital para el esposo, sino que aspira á algo más, sospecha que vá á recibir su familia el aumento de un nuevo ser que se agita en sus entrañas. ¡Vá á ser madre! Esto es, vá á tener el supremo y justísimo orgullo de la mujer, vá á inmortalizarse, digámoslo así, en un pedazo de su alma germinado al calor de sus entrañas. ¡Qué momentos para la mujer los de tan dulcísima confesion! Retenida en estrecho abrazo por su esposo, descansando su cabeza en el hombro del compañero de su vida, teñido su rostro del pudoroso carmin y tililando en sus ojos una lágrima de felicidad, sueña despierta en la vida y se adórmece en el lánguido placer del espíritu! El hombre la mira con apasionada expresion, empapa su alma en aquel supremo esfuerzo de su dicha, y bendice al ángel que Dios puso en su camino, mientras sueña con las caricias del hijo que aún no ha visto la luz.

Sobreexcitado por el sueño de su alma, pensando siempre en el futuro sér que ha de heredar su nombre, ni el trabajo le fatiga, ni escasea su perfeccion, ni le basta nada á contener el ardentísimo deseo de asegurar el porvenir. Ya no se pertenece, ya no

puede pertenecer exclusivamente á su esposa: espera un hijo, espera con él todos los sinsabores como todas las delicias de la paternidad. Sueña ya con su educacion áun ántes de nacer, porque sabe que careciendo de ella, no puede el hijo conocer el amor de los padres ni amarlos, y está firmemente persuadido de que no puede ser buen ciudadano el que no ama ni honra á sus padres. Mientras trabaja, su mente no se permite ni un sólo instante de inaccion: sueña para su hijo todas las perfecciones físicas y morales, todas las ventajas de la naturaleza, y á ellas reúne las que él puede proporcionarle. Tendrá como maestro del corazón á su madre, á esa dulcísima esposa que tan delicados placeres le hace gustar, y como director de su naciente inteligencia en la parte material de educacion, al más aventajado profesor, á fin de que el niño aprenda á comunicar sus ideas por medio de la palabra y de sus signos; llegará á ser un hombre instruido, capaz de seguir una carrera ó dedicarse con fruto á una industria cualquiera; le verá honrado y considerado en la sociedad, siendo citado en ella como un modelo de laboriosidad y virtud. Y mientras que esto sueña el padre, mientras su cerebro labora idea por idea, ensueño por ensueño, el trabajo brota de sus manos como un torrente, y esta constante actividad de las fuerzas físicas y morales, no le permite ni un pensamiento dudoso, ni el más ligero retroceso hácia la pereza ó la imperfeccion de sus obras.

Por la noche, de vuelta á su hogar, el futuro padre sólo tiene vida para su esposa; sentado junto á ella, absorbiéndola, si nos es permitido, con su mi-

rada, como si de este modo quisiera aliviarla en sus dolores, preocupado é inquieto por aquella salud que vé resentirse de segundo en segundo, el hombre vive totalmente en el espíritu, porque se entrega totalmente al amor. Antes veía en la mujer la carne de su carne, pero hoy hoy ama en ella á la madre de sus hijos: la misteriosa flor del matrimonio abre su espléndido cáliz y exhala sus aromas sonreída por el naciente sol de la felicidad.



CAPÍTULO XVIII.

La madre.—Sublimidad de su mision.—La educacion de sus hijos.—Su amor.

¡MADRE!! (1) Sublime eslabon donde se encadena la vida; frase que reasume todo un génesis de amor..... No busqueis en el diccionario su significado, porque, ó no sois hijos, ó bastante os dirá vuestro corazon.

Habéis nacido, y al exhalar el grito de victoria esa alma que entraba en la posesion de la vida, habéis arrancado á la madre un supremo grito de dolor. Para crearos, para inscribiros en el libro de la humanidad, esa santa mujer, ese ideal sublime de abnegacion y ternura, ha sufrido dolores incomprensibles, ha torturado su espíritu y despedazado su cuerpo, ha luchado con la muerte defendiendo palmo á palmo, no la posesion de su vida, sino el primer latido de la vuestra. Tendida en el lecho del dolor, rígida, helada, estremecida por horribles sacudimientos nerviosos, se agita incesantemente,

(1) No queriendo distraer al lector del objeto primordial de estas páginas, dejo para el final ciertas ideas que al eco de esta palabra brotan como un desahogo de mi corazon, y que se me permitirá consignar en este libro como homenaje á la que me dió el ser.

exhala dolorosos gritos que horrorizan á los circunstantes: sus ojos, que parecen saltar de las órbitas, giran por doquier con expresion de martirio; sus manos frias y descarnadas se abren y cierran en el vacío, cual si buscasen un apoyo para no rodar al abismo; un sudor copioso invade su frente, y sus contraídos lábios semejan á las hojas secas del otoño. Rendida de tanta lucha, fatigada por tan lenta y cruel agonía, cae de nuevo desfallecida..... ¡Silencio....! La enferma descansa. ¡Ah, no! No es la enferma la que se halla en reposo; es la enfermedad que busca en esos momentos nuevas armas para el combate, que se provee durante esa ligera tregua de todo un arsenal de dolores. La crisis empieza: es la suprema crisis, es el solemne himno de la maternidad, el momento supremo, el paso terrible de la mujer á la madre.

¡Ah! El hombre debia descubrirse ante esta palabra; debiera oirla de rodillas, porque representa el símbolo de su fé, la santificacion de su origen hecha por el mismo Dios en el Sinaí misterioso de una mujer. Su espíritu ha descendido de nuevo ante el Moisés de la humanidad acompañada del solemne aparato de los dolores, para que el recuerdo de la maternidad quede grabado indeleblemente en el corazon de la esposa, como un testigo impercedero de su mision. Ha querido que la vida del hijo ponga en grave riesgo la de la madre, para que aquel no olvide jamás que con todos los sacrificios, con todo el amor de su alma, nunca la recompensará el más ligero de sus dolores, ni la más fugáz de sus angustias. Dichoso el que desconoce cuanto esa

palabra vale, porque de seguro tiene madre: feliz aquel que viéndola á su lado aun, llega á comprender lo que la palabra *madre* representa, porque su vida será un idilio delicadísimo de ternura, y amándola siempre, consagrándole hasta el último instante de su vida, podrá decirle con sus obras: «Sé cuanto te debo, madre mía, y como no me es dable recompensarte de otro modo, como no puedo explicar cumplidamente lo que siente mi alma por tí, te la entrego toda entera para que en ella leas el inmenso amor que te dedica tu hijo.» Los que aún teneis esa inmensa dicha, los que aún podeis reclinar la cabeza en el regazo de vuestra madre, decid con seguridad que no habeis gustado la hiel de la existencia, que no habeis sentido ni aun la sombra de un dolor.

Ved ahí á la mujer que emprende nuevamente su peregrinacion en la tierra, que nuevo Prometeo tiene su vista á la escarpada roca do tiene que ascender para completar su obra..... Pero no va sola: la acompaña su hijo, la sostiene su esposo, y esta nueva circummision, este triple amor de la familia, es el punto de apoyo más inquebrantable que se ofrece á su pié, al par que la fuerza que vigoriza su espíritu. Los dolores del alumbramiento, son el pacto que firma con su amor maternal: el primer vagido del niño, el sello que afirma y acrecienta su amor hácia el padre de su hijo. A partir de ese momento, la madre no se pertenece: para ella antes que todo, antes que sí misma, es aquel lazo de union que Dios la concede; y no satisfecha con haberle dado vida en su seno, quiere que nadie la dispute

la dicha de alimentarle con su sangre; de este modo le ama, no con el amor que para él soñara, sino con el amor del sufrimiento.

La maternidad no es otra cosa que una creacion continua: la madre, despues de engendrar físicamente á su hijo, lo engendra moralmente; tiende á convertir aquel niño en hombre por medio de la instruccion, y agota para conseguirlo toda la diplomacia de su ternura. Enséñale á obrar el bien practicándolo ella misma á su presencia, y planteando la teoría del trabajo atractivo, le instruye mientras aparenta distraerle. Por medio de narraciones más ó ménos poéticas, segun el estado de la inteligencia de su hijo, infiltra en su corazon todo un tesoro de enseñanza moral: instrúyete en los deberes que el hombre tiene para con la sociedad y la familia; le inspira su primera oracion, no aprendida rutinariamente en su devocionario, sino tipografiada en su corazon, y al calor de sus castísimos besos, hace brotar en aquella inocente alma los primeros destellos de la virtud. ¿Es conveniente que el niño adquiera nociones de historia? Ella la aprenderá, si no la sabe, á fin de enseñarla á su hijo. ¿Debe éste conocer los principios generales de las ciencias exactas? Allí está la madre dispuesta á ser su profesora.....

La educacion del hombre debiera estar encomendada exclusivamente á la madre durante esa edad en que, dormida la inteligencia, obra el niño por imitacion y copia lo que en su madre ve: adquirida la costumbre de obrar el bien, muy difícil seria inclinarle al mal, porque no es posible olvidar lo que

se aprende entre los brazos de una madre. Compadecemos de todo corazón á esos infelices, á esos desgraciados que por sistema ó por orgullo culpan á la mujer de todos los males que afligen á la sociedad, señalándola con los más duros calificativos del lenguaje y sentando, como base de sus afirmaciones, que la mujer solo puede producir el mal. ¡Desdichados! Dignos son de lástima, porque, ó no han conocido á su madre, y si la conocieron la olvidaron, ó su corazón seco y enfriado por el cálculo no es capaz siquiera de la gratitud, ya que no del amor, que deben á la que les dió vida.

La madre aspira también á cuidarse de la educación de los hijos, porque para ella no puede haber objeto de más interés que engendrar su parte moral y hacer que en su alma se desenvuelvan esas aspiraciones generosas, esa ternura, esa bondad infinita de que está saturado su espíritu. Avara del cariño de su hijo, quiere hacer de él su retrato, quiere conseguir el establecimiento de unidad de pareceres, la identidad de pensamientos, y no vacila ante sacrificio alguno para hacer comprender á aquella alma que se despierta, todo el cariño que existe en su corazón, á fin de ser amada como ella ama. «Madre y amante á la vez—dice un notable escritor (1)— ostenta cual el naranjo la flor al lado del fruto, esparciendo á su alrededor la doble bendición de su doble naturaleza. Al acercarse á ella, siéntese uno como cambiado; se desea ser mujer.»

Cuanto mejor eduque la madre al hijo, tanto más

(1) E. Pelletan. *La Madre*, cap. 25.

se afanará en perfeccionarle, porque comprende que es el lazo que le estrecha al esposo. Un hombre sin familia es la sombra del hombre: para que esta sombra se convierta en lo que debe ser, para que el hombre complete su existencia, es necesario que se haya empapado su corazón en el amor de una madre, de una hermana, de una esposa y de un hijo. De esta manera conocerá prácticamente los sublimes goces del amor y de la abnegación; de este modo podrá decir que ha confundido su alma con la de una mujer, y que para él se formó esa divina flor que llena con su perfume el sagrado del hogar.

La esposa y el hijo son lazos que sujetan al hombre á la tierra en que nació: cuando por la noche regresa á su casa, está seguro de encontrar en ella una mujer que le enseñe la bondad, y una cabelcita rubia, hermosa, que le inicie en el candor y le recuerde la inocencia. Así llega el hombre á ser feliz en cuanto la humanidad puede serlo: de todas las felicidades imaginables, de todos esos destellos de esperanza que hemos calificado con aquel nombre, ninguno más completo, ninguno más tranquilo que el que resulta de obrar el bien y del cariño de una familia.

El hombre que carece de ella, el ser desgraciado que es sólo en el mundo para sufrir, que no encuentra á su lado una mano cariñosa que seque sus lágrimas, ni un corazón amante que le comprenda, puede decir que no vive; es un esferoide lanzado en un plano inclinado que marcha y rueda hasta encontrar el fin de su destino. Careciendo, como nece-

sariamente ha de carecer, de todo género de afecciones, desligado por completo de sus semejantes, su vida es un martirio si sabe sentir, su corazón una tumba donde sólo reina el silencio de la muerte. Por el contrario: el hombre que vé sonreír á su lado á un inocente hijo, que gusta á todas horas el supremo goce de la felicidad doméstica, que puede contemplar á cada momento el dulce grupo que forman la madre y el hijo que duerme en su regazo, ese hombre ha de sentir amor á la vida, ha de ver prematuramente el trono de la Divinidad formado por la felicidad suprema, y como ha de amar el trabajo y este ahoga la ociosidad, gérmen de todos los vicios, no puede menos de ser útil á la sociedad para quien fué creado.

Muévele á ello, además, la consideración del ejemplo que la madre dá á su hijo, el cual le recuerda que de su obligación es hacer lo mismo que hace la esposa: envuelto siempre en la atmósfera de inocencia que embalsama el ambiente que su hijo respira, vé en él un testigo permanente de sus actos, y en su cándida mirada cree ver la de su propia conciencia. Si obra mal, en su misma obra encerrará el remordimiento de haber dado este mal ejemplo á su hijo. Cuéntase que un hombre, enloquecido por la ira, acababa de derribar en tierra á su enemigo y se disponía á matarle: «¡Desdichado! exclamó la víctima: ¡si te viera tu hijo!» y esta increpación fué suficiente para que el asesino arrojase el arma, huyendo despavorido.


El padre desde que es padre, hace algo mejor que vivir: revive en su hijo, salva con él los límites

de la vida, y con él penetra en el porvenir. Revestido con el talisman de un hijo, colócale entre su vida y la muerte, desafía al destino y se fortifica con la inviolabilidad. Desde aquel momento vive la doble existencia del cuerpo y del espíritu, porque interesado como está en ganar la batalla á la miseria, trabaja día y noche, perfecciona el producto de su trabajo, ahorra y crea su capital, y marcha por el camino del progreso, alumbrado por ese querido ser que le grita siempre «¡adelante!»

La esposa le estimula también con su consejo y con su ejemplo: mientras no han tenido familia, mientras el cuidado de la subsistencia se ha reducido al matrimonio, nada importaba á este alguna menos comodidad, alguna privación; pero hoy tienen un hijo. . . . y la palabra *hijo* dice tanto, que solo pueden comprenderla los padres.

No se crea en manera alguna que la madre limita su misión á la infancia de sus hijos, no: muere acaso octogenaria y aun es su institutriz, aún mientras pasea apoyada en el brazo de sus hijos y precedida de sus nietos, inclinando su nevada cabeza bajo el peso de los años, aún, repetimos, se ocupa en la educación de aquel ser querido, ya alentándole con los dulces consuelos de su religión, ya encomiándole el amor á la familia, ó dándole consejos basados en la experiencia de la vida. Tiene la íntima persuasión de que para llenar su cometido como ella desea, como en sí es la misión que Dios la impuso, necesitaria doble tiempo de vida y una tan vastísima instrucción, que sólo pudiera compararse al amor que alimenta en su alma como fuego

inestinguible. Por eso al descender al sepulcro, siente abandonar la vida; por eso, dando un suspiro, exclama con el filósofo: «*Ars longa, vita brevis!*»



CAPÍTULO XIX.

La educacion de la mujer en nuestros dias.

Hemos intentado en los capítulos precedentes reseñar la influencia que la mujer tiene sobre el hombre en las diferentes fases de su vida, y lo hemos hecho así, omitiendo de intento hablar de sus conocimientos, para demostrar que cuantos resultados se enumeran, débense exclusivamente á la ciencia de su alma, esto es, á su dulzura y á su cariño. Como lo general es que su educacion no sea la más esmerada, porque nos pagamos más de la forma que del fondo; como por regla general tiene siempre una parte de su ser cohibida y restringida por el hombre, cumple ahora á nuestro propósito hablar algo de esa educacion que le es tan necesaria como la sábia á la planta, y nótese que se adopta esta figura con entero conocimiento; puesto que si la planta carece de una sábia vigorosa que la anime, han de ser exíguos los frutos que ostente.

Nada tan comun, por desgracia, como la idea de que le educacion de la mujer debe responder más á los oficios manuales de la casa que á su instruccion científica y literaria y á su desarrollo moral. Notable error, absurdo principio que la conduce

á la más completa ignorancia. Adornamos su cuerpo, hacemos de ella una máquina perfeccionada, y abandonamos su alma á la oscuridad y al mutismo: no le abrimos esa puerta que se llama idea, no la iluminamos con la antorcha de la instruccion.

Descuidada su educacion literaria, hoy apenas sabe juntar letras para pronunciar sílabas, al paso que zumba en su cerebro todo un mar de bordados y costura: para ella el libro es un objeto casi inútil, no conoce otro que su devocionario, y aun ese por costumbre, por rutina, porque en fuerza de leer un dia y otro, casi le sabe de memoria.

Como no han inclinado su imaginacion á las verdades de la ciencia, como no han hecho gustar las bellezas de la lectura ni el grato soláz que un libro proporciona, en lugar de invertir sus momentos de ocio en esta alimentacion del espíritu, ó les dá una aplicacion puramente material, ó los dedica á investigar las costumbres de sus conocidos, cosa que con frecuencia la conduce á la murmuracion ó más allá, por desgracia. Léjos de nuestro ánimo la idea de que la mujer deba dedicarse á la literatura: ni esa es su mision, ni hay cosa más repugnante que la pedanteria en un ser creado para la sencillez y la verdad: mas si á ese árbol hermoso, si á esa palmera de nuestro desierto la privamos de flores, sobre matar su belleza, sobre romper su armonía, habremos conseguido aniquilar su fruto.

El hombre huye de la mujer bajo el pretexto de que no le comprende; la mira con desden porque la cree incapaz de sentir, se lamenta de que un ser tan delicado, un alma creada para ser su compañe-

ra, no sepa explicar sus sentimientos ni entienda lo que él la dice con más ó ménos claridad, con más ó ménos retórica. Pero ¿cómo ha de comprenderle si carece de instruccion? ¿Acaso la mujer tiene ciencia infusa? Si la adornase con conocimientos generales, si la diese alguna nocion de la ciencia, la mujer le escucharía con gusto, y aprendiendo en su conversacion, le deleitaria mucho más que esos amigos á quienes busca bajo el pretexto de la ignorancia de su esposa.

Hemos dicho, y repetimos, que se la enseña á mal leer, que no se la dá inclinacion á los libros y que, por tanto, su imaginacion no puede abarcar ciertas ideas, no puede digerir ese alimento del alma que se llama ciencia. Pero llega un dia en que por matar el hastío toma en sus manos una novela, lee, le agrada y devora sus páginas con avidez hasta terminar el libro. La novela no es generalmente lo más moral, no siempre quedan triunfantes en ella la virtud y el trabajo, sino que á veces preconiza el vicio: la mujer en su ignorancia no distingue el veneno que se infiltra en sus venas, y quiere á toda costa parecerse á la heroina de su libro.

Si al educarla se la hubiesen dado libros morales ó científicos, si en vez de abandonarla á su propia razon la hubiesen dirigido por el camino de la verdad, esa novela haria en ella el mismo efecto que un sextante en manos de un niño. Encontrándola prevenida contra el contagio, no lograria el virus inocularse en su alma, no tendria para ella ni aun el atractivo del pasatiempo, porque el genio de la mujer no encuentra nunca el fin de su camino, y

tendiendo siempre á instruirse, abandonaria la novela para tomar un libro de historia ó un tratado de higiene doméstica.

No es mayor su instruccion respecto á escritura: aun la agenda de la casa es, más bien que un libro de anotaciones, un verdadero mapa geográfico, y hay momentos en que ni ella misma sabe entender lo que escribió. No hablemos de principios de aritmética, porque los desconoce por completo y apenas si su mano sabe trazar un guarismo; de modo que, debiendo ser el cajero de la casa, ignora hasta los rudimentos de la numeracion.

La mujer, suspicáz por excelencia, comprende los errores de su educacion, y comparándose con el hombre, estableciendo el paralelo de instruccion con instruccion, no puede menos de pensar que, ó el hombre la desprecia como cosa poco digna de estimacion, ó que no quiere instruirla para dominarla mejor. Esta consideracion la hace ocultar sus sentimientos, desfigurarlos, emplear con él la traicion, ser su enemiga, y tratarle siempre con dobléz, reservándose de él en lo posible.

La enseñanza moral de la mujer está tambien muy descuidada. En vez de inculcarle la modestia, parece que el hombre tiende á hacerla soberbia, ya elogiando su belleza física, ya exagerando sus facultades intelectuales. Semejante á la mariposa que se deja seducir por el color, el hombre parece que busca con mayor solicitud la belleza de la forma que la hermosura del fondo. Clasifica á la mujer por su vestido y el lujo, tanto más perjudicial cuanto más costoso, le atrae y le fascina: la mujer que lo

comprende así, que ve en el lujo un medio de subyugar al que cree su tirano, usa de esta formidable arma aun á costa de arruinar á su familia..... si es que no camina mas allá.

Practica la bondad y la dulzura, porque son inherentes á su organismo y á la sensibilidad de su alma; pero sabe ocultar bajo el velo de la primera toda la fuerza del egoismo, y disfrazar con el atractivo de la segunda toda la hiel de su ira. Se la enseña á fingir, y este es el resultado de su enseñanza; finge, porque teme y porque ódia. En vez de alimentar su cariño, en lugar de dar expansion á su alma soñadora y poética, la enseñamos desde niña al frio razonamiento del cálculo, y á la prosa de un ilimitado interés. Nos cuidamos mucho de que sepa la música y el canto, á fin de que, segun decimos, pueda brillar en sociedad: la sociedad quiere que esa estrella brille en el limpio cielo de la casa antes que en los aristocráticos salones; la familia para quien nació, tiene derecho á esperar algo más de ella, y el deber de hacerla convenir en que son mucho más duraderos los goces del hogar y del candor, que esos efimeros aplausos que el mundo la tributa, y que duran lo que la onda sonora que los arroja en su oido.

La educacion é instruccion de la mujer, son tan necesarias como las del hombre, cada cual en su esfera, porque si ha de ser la institutriz de sus hijos, es preciso que sepa lo que les ha de enseñar, y que pueda dirigir con acierto esas inteligencias que despiertan á la vida entre el cariñoso ruido de sus besos y el dulce calor de su regazo.

